

hechas, ellas llevan su paso y no ahonda el arao, no es como las bestias que a lo mejor p´ arriba, p´ abajo, se mueven.”

M. F., Cl.



## 2.7. LOS CULTIVOS

Al igual que sucede con el capítulo del ovino en la dehesa, en este apartado vamos a referirnos casi exclusivamente a los aspectos del cultivo que muestran diferencias significativas con el cultivo en la campiña, ya que nos centraremos en el laboreo de manera más pormenorizada en aquel agroecosistema, donde el cultivo extensivo era el uso productivo por excelencia. Como ya hemos dejado dicho, la deforestación y la especialización de la zona más llana de la comarca en producciones agrícolas, más intensa tras la crisis de la agricultura tradicional de los años sesenta, hunde sus raíces en la existencia de mejores suelos en la penillanura, lo que incrementaría el coste de oportunidad de los usos no agrícolas. Para aproximarnos a este uso productivo de los campos, tomaremos una vez más como referencia estadística el *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz*.

No obstante, hay que señalar que en estos datos deben diferir sensiblemente de lo que era la situación de la labor en las dehesas en los años cincuenta, habida cuenta que en el momento de elaboración del Plan se estaba en pleno auge de la intensificación de cultivos, con el laboreo forzoso y los planes de barbechera y en la cima de la compulsión gubernamental para la producción de trigo. La superficie cultivada habría de ser en los años cincuenta menor que la que revela dicha fuente, así como menor debía ser también la cantidad destinada en las dehesas a la producción de trigo.

Cuadro 14. SUPERFICIE CULTIVADA EN 1948

	Superficie cultivada	% de la superficie total
Bienvenida	3536	38,2
Bodonal de la Sierra	1684	24,7
Cabeza la Vaca	804	12,6
Calera de León	915	13,2
Fuente de Cantos	6118	24,7
Fuentes de León	1155	10,6
Monesterio	4704	14,4
Montemolín	2917	14
Segura de León	1900	17,8

Elaboración propia a partir de GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ.. 1948. *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz.*

De todos modos, en el cuadro 14 vemos cómo el porcentaje de la superficie cultivada de cereal y leguminosas<sup>95</sup> alcanza los mayores porcentajes en los mejores suelos de la comarca, los de Bienvenida. A continuación se situaría Fuente de Cantos, al ser tierras llanas pero no de tan buenos suelos como Bienvenida, sobre todo en la zona fuentecanteña que busca la sierra. Caso curioso es el de Bodonal, que se coloca en ese mismo porcentaje, aunque predomine en este municipio la dehesa, las tierras de pasto y labor que indica el Plan. La explicación hay que buscarla en el hecho de que sea un término por lo común llano y con una estructura de la propiedad caracterizada por fincas medianas y pequeñas, en las que la disponibilidad de mano de obra campesina y las necesidades económicas de las familias permitirían o llevarían a un uso más intensivo de la tierra que en el resto de las dehesas de la comarca, cosa que explicaría también las altas cargas ganaderas de este pueblo. Como se vio anteriormente, también aquí el porcentaje de ovejas, al igual que en la zona de cultivos de la campiña, era significativo. No sería posible una intensidad de cultivo tal sin una presencia significativa de ovejas que permitieran el abonado. La vecina Segura de León le seguiría en superficie cultivada, también por las mismas razones orográficas y la existencia de una zona desarbolada de labor que linda con el término de Fuente de Cantos, hacia Ardila y Aguilar, adonde se desplazaban temporalmente los propietarios y colonos cuando las labores lo requieran, de ahí, por ejemplo la existencia del poblado de Ardila, junto al río de ese mismo nombre. No obstante esto, Segura se aproximaba ya a los valores del resto de zonas de dehesa.

(95) La cifra del melonar sólo se facilita para el caso de Bienvenida y, al igual que los garbanzos, ese dato se solaparía con el de otros cultivos, ya que ambos son barbechos sembrados para otros cultivos, para cereal.

En la posición intermedia en cuanto a usos agrícolas tendríamos a Montemolín, que como ya sabemos tiene una parte importante de su término asentada en la dehesa y, además, los suelos de la zona que linda con penillanura no son de la calidad de ésta última, aunque explique los mayores porcentajes respecto a municipios de dehesa limítrofes. Recordemos lo montañoso de la zona sur del término, sobre todo la de Santa María de Navas. Monesterio presenta valores parecidos, aunque algo menores por ese predominio de dehesas, aunque con una importante parte, buscando la cabecera del Vendoval, de tierras desarboladas de pasto y labor, al igual que hacia Fuente de Cantos. Menor importancia tendrían los cultivos en las zonas de más pendiente, como Calera y Cabeza la Vaca. Las tierras menos cultivadas serían las de Fuentes de León, en que la orografía quebrada de gran parte del término no basta para explicar esta cortedad de labor, pues no es más acusada que en otros municipios. Una vez más tenemos que mirar al interés por los pastos, razón por la cual se habría de evitar la roturación.

Aunque no sea exacta o mecánica la correlación, porque median las cuestiones relativas a la estructura de la propiedad o de usos alternativos, podemos ver cómo, y era de esperar, donde mayores rendimientos de grano por hectárea se recogen según el cuadro 15 es donde más se cultiva. Por ejemplo, Bienvenida, Fuente de Cantos y Montemolín está en los primeros puestos en cuanto a superficie de cultivo y rendimiento del trigo. No hay una correlación tan directa en el lugar que ocupan en ambas escalas, por ejemplo, Fuentes o Bodonal, por las variables antes explicadas.<sup>96</sup>

**Cuadro 15. RENDIMIENTOS DE LOS CULTIVOS POR Ha. EN 1948. Qm/Ha**

	Trigo	Cebada	Avena	Centeno	Habas	Garbanzos	Otras
Bienvenida	10	12	8	5	8	8,5	6
Bodonal de la Sierra	6	5,5	4,5	5	5	3,5	3
Cabeza la Vaca	6	4,5	4,5	5		3,5	3
Calera de León	6	7	5,5		10	3,5	
Fuente de Cantos	7,5	8	6,5		6	6,5	5
Fuentes de León	7	6	4,5	5		4	4
Monesterio	6	7	5,5	5	5	4	4,5
Montemolín	6,3	6	5,7	5	5,5	4	4,5
Segura de León	7	5,5	5	5	5	4	8

Elaboración propia a partir de GOBIERNO CIVIL DE BADAJOZ. 1948. *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz*

(96) Hay que avisar de que el hecho de que haya mayores rendimientos en Fuentes puede ser una consecuencia de que, ya que se sembraba poco, sólo se concentrase la siembra en las zonas mejores.

Por todo lo dicho, la vocación principal de los suelos de la parte de dehesa no era la agrícola, por eso mismo eran dehesa, como queda dicho. No obstante, en todos los pueblos podíamos encontrar algunas parcelas de tierras de labor intensiva, en lugares especialmente favorables, llanos (aunque no siempre), de suelos de cierto desarrollo y calidad. En muchos casos se trataba de los ruedos de los pueblos, de las tierras más próximas a los mismos. El propio emplazamiento de los núcleos urbanos nos está hablando las más de las veces a favor de buenas tierras, al amor de las cuales, y del agua, quisieron asentarse los pobladores. Además de ser buenas, estas tierras podían recibir, como compensación por el efecto del cultivo, el aporte de estiércol de las bestias que se quedaban en las cuadras del pueblo, por su proximidad. Eran los terrenos de los que se decían que estaban más *jecheaos*, sembrados recurrentemente. Los mejores y más exigentes cultivos se localizaban en ellos, como el trigo, las habas, los garbanzos, los melones y también el forraje. Cosa aparte eran las huertas. Pero no sólo en estos ruedos encontramos tierras calmas, de labor intensiva, de año y vez en muchas ocasiones o de siembra casi anual. También existían otros terrenos sin árboles y de labor, o de labor y pastos, cuya enumeración pueblo a pueblo sería prolija. En gran parte, su manejo era muy similar al de las campiñas de las que nos ocuparemos en otro capítulo, aunque con mayor espaciamiento temporal del cultivo.

Pero entrando ya a considerar la dehesa, ésta no ofrecía grandes producciones de grano en cada cosecha, pero sí cantidades discretas cada cierto tiempo, contribuyendo de una manera vital a las necesidades de la ganadería y ayudando también al buen estado de la arboleda. Por eso, los cultivos desempeñaban un importante papel el agroecosistema. La función más evidente era la producción de grano y paja. Del grano, eran para consumo humano el trigo y los garbanzos, y en muy escasa parte las habas. Los melones también eran importantes en la alimentación de las gentes. El resto de producciones, además de la paja, estaba destinada al consumo de los animales de las propias fincas, respecto a los cuales el laboreo y sus productos desempeñaba un papel estratégico. En efecto, el logro de una cosecha en verano, y de granos duros y paja seca, lo que permitía su almacenamiento y larga duración, constituía una reserva de alimento para los momentos en que la producción espontánea de biomasa de las dehesas escasease, principalmente en el otoño. Esta complementariedad, más que competencia a veces, se evidenció históricamente cuando tras la Desamortización, el avance de las roturaciones de las dehesas no supuso descenso de las cabañas ganaderas de las mismas, precisamente por el aumento de la producción de paja y de cereales y leguminosas-pienso para el ganado (Zapata, 1996) que a su vez contribuía con su estiércol a la regeneración de nutrientes que la tierra precisaba tras el cultivo. Como vimos, los agostaderos eran importantes para el ganado, principalmente la oveja y el cochino.

La presencia de los cultivos era una preocupación adicional de los ganaderos a la hora de pastorear los rebaños, y el levantamiento de las mieses un cierto descanso, habida cuenta de que las fincas, de estar cercadas, lo solían ser casi exclusivamente en su perímetro exterior, salvo las cercas de la zona occidental que

vimos. Pero también se hacía un uso ganadero de los sembrados, por ejemplo recogiendo la bellota a mano para echársela a los guarros, o haciendo que los cochinos entrasen a la montanera de las sementeras cuando éstas no fueran aun altas y el terreno no estuviera blando, embarrado. El de los cochinos en la siembra era un contencioso recurrente en muchos casos, por los daños que el ganado de las fincas causaba en las parcelas de los colonos.

También hemos dado cuenta de cómo el laboreo era un medio de controlar el matorral y de cómo beneficiaba a la arboleda y sus producciones, eliminando competencia del monte, haciendo más porosa la tierra, evitando que *criara corteza*<sup>97</sup>, que se compactara, permitiéndole tomar agua y oxígeno, aunque en el caso del alcornocal había de hacerse en momentos tales que no perjudicase la producción de corcho, al cortar las múltiples raíces superficiales de éste árbol.

“En los encinares también se sembraban de trigo, el Veinticuatro, Gigonza, porque se labraba y era bueno, la encina lo agradece mucho. En los olivos es malo sembrar,... las habas y la avena. En los encinares no.”

G. J. y G. A., SI.

La presencia de árboles suponía una competencia para los cultivos, no sólo por distraer nutrientes y agua, cosa de relativa menor importancia debido a la distinta ubicación de las raíces del estrato herbáceo y arbóreo, sino sobre todo por la presencia de la sombra, por la competencia por la luz solar. De ahí que en lugares de arboleda espesa, sobre todo en terrenos cortos, no proliferasen los cultivos y, en cualquier caso, el rendimiento fuera menor bajo el área de la copa. Esto lo vemos especialmente en algunos alcornocales, donde no se podía apenas sembrar y, en todo caso, las producciones eran cortas. El *majadaleo* y la poda de la arboleda de las hojas de la finca que en el año agrícola siguiente se fuesen a roturar permitían el aporte de abono y de luz a los cultivos. También hemos mencionado en capítulos anteriores que el laboreo, sobre todo la bina, con el polvo que levantaba, contribuía a reducir el efecto de las plagas de insectos sobre la arboleda.

Cultivar una hoja suponía no disponer de pastos para el ganado, con lo que estaban especialmente preocupados en Fuentes de León, pero los pastos también se veían beneficiados por la labor, no sólo evitando la invasión del monte, sino también el embastecimiento de los mismos, dando lugar a hierbas de interés para el ganado, aunque esto no fuese en el año inmediatamente posterior al cultivo, en que suponía cierta mengua de los pastos, tanto por la merma de producción como por la composición específica menos interesante.

En la dehesa, por la menor calidad de los suelos y por las necesidades de disponer de pastos para el ganado, el ciclo ideal de rotación de los cultivos era de cinco años, dos en cultivo y tres en descanso. Ciertamente, en estos suelos cortos

---

(97) La palabra *corteza* refiere a dos campos semánticos, con connotaciones positivas el uno y negativas el otro. En el primer caso refiere a que el suelo tenga desarrollo y nutrientes, materia orgánica, para lo cual hay que dejarla descansar, de *juerga*. Así, al criar *corteza* por el descanso, permitirá buen rendimiento de cultivo. El otro significado es el de dureza, el de criar una costra dura, dando en ocasiones lugar a la aparición de musgo, por abandono de la labor.

y ácidos, en pendiente las más de las veces y lavados, la intensificación agrícola no era posible ni conveniente, tanto por la regeneración de nutrientes como por la erosión, aunque este último aspecto era algo más bien secundario en la decisión de cultivar, como lo evidencia el laboreo de pendientes en olivar cada año. Bien es verdad que no en todas las dehesas los suelos y la pendiente eran los mismos. En zonas más llanas podía darse un laboreo algo más intenso y, además, la arboleda podía ser menos densa por este motivo. En estas áreas también había de ser más recurrente el majadaleo. Como ya se dijo, de las partes más cultivadas, ya fueran dehesa o, sobre todo, cercados, se decía que estaban más “jecheás”. Por contra, partes más hoscas, de peores suelos y pendientes, acogían a la labor con cadencias temporales más largas. En cualquier caso, la referencia canónica de este aprovechamiento era la de nuevas roturaciones cada cinco años. Para hacer este modelo más concreto y evidente, veamos qué pasaba con una hoja cualquiera de una finca.

Una hoja de erial o posío era *majadaleada* y talada y, si era el caso, desmontada, limpiada de monte, para en el invierno del primer año ser alzada o roturada, haciéndose así en ella el barbecho, blanco si no se cultivaba en él nada, que era lo más frecuente en la dehesa, o sembrado, con garbanzos o melones. Con este alza y con la bina o gradeo, es decir, con distintos pases de reja, lo que se hacía era preparar la tierra para la labor, como se verá más detenidamente en el capítulo de las tierras calmas. Llegado el veranillo, según los casos, podía ser estercada. En el otoño se sembraba, las de mayor calidad con trigo, las algo inferiores de cebada, y las más endebles de avena. El año siguiente habría una segunda siembra, *siembra rastrojeá* o *rerba*, denominación que variaba según los pueblos, indicando que era un cultivo sobre el rastrojo del año anterior. En las partes mejores, donde había estado sembrado el trigo o la cebada, se podía cultivar avena y en el resto, leguminosas. Este cultivo de leguminosas se debía a los bajos rendimientos que el cereal, sobre todo el trigo, daría en terrenos ya cultivados. Además de no requerir buenos suelos como el trigo, o el cereal en general, aparte de ser casi el único cultivo posible en algunas áreas muy pobres, las leguminosas tenían la virtud de aportar nitrógeno a la tierra, ayudándole a recuperarse de los efectos esquiladores del cultivo.

“Luego, por ejemplo en Tinoco, había cinco giros, cada año se hacía un giro que se limpiaba, se araba y se sembraba y al otro año le tocaba a otra cerca. En un año se limpia y se ara y al año que viene se siembra. Después se sembraba las rervas, las rervas del trigo. Si sembrabas trigo, al año siguiente sembrabas avena o chochos... Y tos los años se hacía el giro.”

M. M., Sl.

“Y nosotros hacíamos el giro, un giro de barbecho, otro de rerba y otro sembrao. Rerba era volver a arar lo que se ha sembrao este año, se rerbeaba, lo que estaba de trigo y de cebá, se sembraba de vena, de algarroba o de habas o de chícharros. Se sembraba lo que se había cogío el trigo y la cebá, se volvía a rerbear ese giro. Estaba otro hecho de barbecho, por eso se hacían tres giros, el barbecho pa el trigo y la cebá del año que viene. Se empezaba a hacer el



barbecho en enero.”

M. F., SI.

Tras estos dos años de cultivo, las tierras quedaban en descanso, conformando los eriales o posíos en los que pacerían los ganados hasta volver a comenzar de nuevo el barbecho y el cultivo, cuando la tierra hubiera descansado y se hubiese recuperado.

“Y después en la cerca pos tenía otros dos o tres giros, o sea que le daba su corteza, que es la que cría, el miajón, el miajón es los años de corteza, los años de juerga que tenga una tierra, que esté pará. Ese mismo<sup>98</sup>, ¿de qué le sirve sembrar to los años?, no tiene dónde sembrar el hombre y tiene que hacerlo, pero eso la mayoría de las veces es tirar el trabajo y el dinero, y tampoco se le echa abono, ni nitrato y el abono pa la nacencia es mu bueno, mu bueno, mu bueno, le da mucha fuerza a la sementera y ya ni eso. Esa tierra que está ahí tiene por lo menos venticinco años de juerga. Eso se cogía, se hacía un buen barbecho y si el año le acompañaba pos puede criar eso un senarón de trigo o de vena que se sale de ahí, pero es porque tiene mucho miajón, mucha juerga, mucha corteza”

M. F., SI.

En lo tocante a la mano de obra y su organización, no había grandes diferencias entre campiña y dehesa en cuanto a su caracterización general, siendo los miembros del grupo doméstico los encargados de la labor en las fincas pequeñas, aunque contando con el empleo puntual de mano de obra asalariada, y valiéndose los latifundios de toda una pléyade de empleados, fijos o eventuales, para tales menesteres. En las grandes fincas, además del encargado o capataz si lo hubiera, al frente de la labor estaba el *aperao*<sup>99</sup> y con él los mozos de mulas, empleados fijos, en algunos casos llamados gañanes o mozos a secas. Cuando no eran muchos los mozos de mulas, uno de ellos, al que en algún sitio llamaban el *mozo gordo*, podía hacer algunas de las funciones del *aperao*. Solía suceder en Fuentes, donde se sembraba poco, pero también en muchas fincas medianas.

“Aquí aperaores había mu pocos porque como había poco de labranza pos había mu poco eso. Pero, vamos, siempre en las casas, como entonces no es que se labrara mucho pero por lo menos un cerca se limpiaba y se sembraba, y entonces sí, había uno que a lo mejor era el gañán, bien que fuera con bueyes o bien con vacas. Ese era el que mandaba en el apero, era el *aperao*, el que mandaba a sembrar. Él sembraba, a lo mejor, si había entonces gente cavando encuentro,s pos le daba la yunta pa que la yunta no estuviera pará y uno araba

---

(98) Se refiere a una persona y a una parcela de la que ha hablado anteriormente en la entrevista.

(99) El nombre de *aperao* tenía dos acepciones, una era la de aquel que manda o dirige el apero, la labor, pero también se empleaba en la parte occidental de la comarca para el especialista, como un carpintero, en la fabricación de aperos, sobre todo arados, especialmente en el tiempo en que se utilizaban arados de palo.

y el gañán, el apaeraó, se dedicaba a sembrar, y luego después si estaban barbechando o haciendo otras cosas pos ese era el que mandaba a comer, a parar y echar mano y toas esas cosas”

B. J., Fl.

Estos mozos atendían todo lo referente al trabajo con las bestias, con el arado y transporte y, de no haber ocupación para ellos en tales menesteres o no darse las condiciones para esos trabajos, por la climatología por ejemplo, se podían dedicar a tareas menos perentorias en las fincas pero necesarias o convenientes, cual era el caso del arranque de monte, acarreo de leña, elaboración del picón, recogida de piedras, arreglo de paredes o construcción de calzadas, que eran calzos hechos con hileras de piedra para frenar la erosión de las pendientes. Como vimos, en tiempo de saca del corcho, y si no tenía ocupación en la siega y la era, podían hacer de muleros en la saca. Como ejemplo de ocupaciones alternativas de los mozos tenemos especiales referencias a ello en Fuentes de León, donde la labor era menor que en otros pueblos y, así, los vemos a veces hasta como guardas ocasionales de la bellota. No obstante, su principal atención eran las bestias, de tiro y de carga a lomos, pues ya dijimos que en la dehesa se utilizaba menos el carro que en las campiñas. Los mozos se desplazaban a las distintas fincas que tuvieran los dueños y, así, los vemos con frecuencia yendo y viniendo de la dehesa a la campiña.

Para trabajos eventuales de sacha, recolección o tareas en la era, se contrataba a jornaleros. A veces, pero muy raramente, los empleados, como por ejemplo los guardas, pastores o porqueros podían tener algún pedazo de tierra para el cultivo o coger a destajo pedazos de siega. También los hijos de los obreros fijos eran empleados recurrentemente en tareas eventuales y las hijas y esposas a veces lo eran en la escarda de los cultivos o en la arranca o siega de las leguminosas. En el caso de Fuentes podían ser los empleados fijos los que hacían las labores de siega.

La gran masa de jornaleros de las tierras de dehesa tenía una menor especialización que los jornaleros de las campiñas, por la diversidad de usos productivos del medio, tanto porque en esos pueblos hubiera mayor diversidad de agroecosistemas, como por el carácter de sistema de uso múltiple de la dehesa. Así, podían ser eventuales en el vareo y cogida de la bellota, la aceituna o la castaña, en la tala de olivos y quercíneas, en la sacha, la siega y *arranca*, el guadaño, la esquila de ovejas, o podían ejercer de temporales o gorderos con el ganado, además de hacer picón o carbón, o dedicarse a hacer paredes. Esta diversidad de tareas era necesaria para los eventuales que se empleaban en la labor dado lo relativamente corto de las tareas relacionadas con los cultivos, siempre en comparación con las campiñas. No obstante, las más bajas condiciones de vida y salarios que históricamente han conocido las sierras frente a las campiñas, y más tanto en el entorno mediterráneo como en nuestro caso en particular, hacían que, una vez terminada la siega en la sierra, algunos eventuales fueran a las campiñas a la recolección. Así encontramos a gentes de las tierras de dehesa yendo a segar, con hoz o con guadaña, a Fuente de Cantos, Bienvenida, Valencia del Ventoso, Puebla

de Sancho Pérez o a pueblos de la comarca de los Llanos de Llerena. Hay que tener en cuenta que, además de haber menor extensión de cultivos, estos podían ponerse de siega antes por la menor capacidad de retención de humedad de los suelos de las dehesas. En esos momentos, además, los jornales eran altos. Sobre este fenómeno y la consideración de los serranos y sus capacidades se habla más detenidamente en el capítulo de las campiñas.

En una gran cantidad de dehesas, en la mayoría, existía un cierto número de colonos, yunteros, parceleros o *pejualeros*, es decir, de aparceros que se encargaban del cultivo de la finca, siéndole asignada a cada uno de ellos una determinada superficie a cambio del pago de una renta. Sobre su número podemos consultar el cuadro 13, en el capítulo del ganado de labor, aunque la información vimos que era incompleta y poco fiable. A veces los dueños no cultivaban nada directamente, pero por lo común lo que hacían era reservarse para el cultivo con sus propios empleados una parte, la más buena, de mejores suelos y *majadaleada*, y dejar a los colonos lo peor, el *hueso*. Aparceros de las fincas podían ser algunos empleados fijos de la finca o, por ejemplo, los carboneros.

La cuantía de la renta iba en relación con la calidad de las tierras, dándose incluso el caso de algunas dehesas en que no se establecía renta alguna por ser tierras malas y de mucho monte, con lo cual el beneficio que obtenía la propiedad era que le dejasen limpio el terreno. También se dio el caso de que ese cultivo sólo se permitía el primer año, no sembrándose nada el segundo, aunque de esto sólo tenemos una referencia.

Habida cuenta de la existencia de tierras de distinto potencial productivo, buenas y malas, llanas y quebradas, en las dehesas era frecuente intentar compensar esas diferencias de calidad cuando se repartía a los colonos haciendo lotes, de tal manera que todos tuvieran una parte en lo bueno y otra en lo malo, por lo que los *pejuales* de cada uno no eran contiguos necesariamente.

“La que era mala, las había hasta libre de renta, esas Borracheras mismas te daban un pejual que era regular, y te daban un pejual que era regular y si no quería entrar uno en lo que era libre de renta te daban una añadiura (además de tu parte de regular) en lo malo, y aquello había que hacerlo. Había un trozo de monte que nadie quería entrar, que quería entrar uno libre de renta, o si no te ponían un cinco, de cada cinco haces se llevaba el amo uno, y si es en limpio de cada cinco cuartillas se llevaba el amo una.”

H. R., Cv.

A veces, los *pejualeros* de zonas de monte, además del acceso a la tierra, tenían otras compensaciones por limpiar el matorral.

“...como no había otra cosa, nos íbamos a arrancar matas. Los robles se lo daban a los colonos y la leña que se arrancaba se hacía carbón. Los robles grandes tenían debajo muchos chicos que eran los que quitábamos y la leña que se limpiaba de arriba también era pa el pejualero. El amo de allí no cobraba grano porque tenías que arrancar muchas matas y a él le interesaba la paja porque tenía muchas vacas y así las mantenía en el invierno.”

C. M., Cv.

Pero aun en tierras de monte se cobraba renta en algunos sitios.

“Antes le daban a los pejualeros, que yo era un pejualero, y después de arrancar el monte y limpiar la finca le cobraban a la tercera, o sea que si había tres fanegas una se llevaban ellos y dos pa mí, en limpio. Y en greña también, sí había en greña tres cargas, una pa el amo y dos pa ti, después de que le arabas la finca, la limpiabas, la arrancabas el monte y la hacías to, a fuerza de mano de azaón. Si alguno te daba un terreno más limpio, más llano, era a medias, que no te lo daban, si alguno te lo daban a medias.”

-Pregunta. “¿Y qué era preferible, aquello o lo del Guijo y la zona aquella?”

“Maldita sea las dos, porque si tú coges dos fanegas de grano y te tengo yo que dar sin poner tú ni polvo y ni paja, te tengo yo que dar una a ti y otra que me lleve yo, después de harto de ararlo y de segarlo y de trillararlo y de prepararlo pos fíjate la gracia.”

A. R., Mn.

Como las malas tierras abundan en la dehesa y la climatología es imprevisible, los resultados y las rentas también eran variados.

“...no es lo mismo dar una parcela en una tierra de buenas vegas y eso que darla por ejemplo en un cerrote que tiene poca producción, una tierra corta, donde no hay profundidad. Entonces esa tierra cortita no podía producir porque si hacía mucho sol en seguía se quedaba sin frescura y la planta no tiraba y, claro, dependía de la atmósfera, cuando había aguaje crecía mu bien, había años que era mu bueno pero por lo regular era más inferior. Esa se daba más barata, se daba al sexto, la otra que era mejor se daba al quinto o al cuarto. Eso lo hacían los parceleros con sus burriquetas y hacían dos fanegas o tres fanegas...”

M. F., Sl.

Habida cuenta de la poca calidad de las tierras en la dehesa, y especialmente en algunas áreas más quebradas, la presencia de colonos y el propio hecho de que recibieran el nombre de *pejualeros* en esos sitios, incidiendo en la modestia de su labor, nos da cuenta y razón de esta marginalidad de algunos terrenos.

Un hecho muy importante para el manejo del ganado en las fincas pequeñas era el que muchos pequeños propietarios, ante su escasez de tierras, tomaran parcelas para cultivar a renta en grandes fincas, las linderas o cercanas sobre todo. Ello les permitía dejar sus propias tierras para el ganado. De otra manera no podría entenderse la carga ganadera y la composición de la cabaña de algunas fincas. A veces roturaban muy espaciadamente en sus predios, para darle labor a los suelos más que por otra cosa. Si no era así, en cualquier caso suponía un cierto descanso para la tierra la dilatación del ciclo de siembra. Los propietarios de dehesas, pequeños y grandes, que tuvieran también tierras de calma solían sembrar preferentemente éstas y reservar aquellas para el ganado, cultivándolas menos de lo que era frecuente en la dehesa.

Casos especiales eran las tierras comunales, de manera destacada la

Jehesa Boyal de Bodonal y los bienes de propios y del común de Calera de León. En ambos casos, este acceso a tierra para cultivo constituía un desahogo para las economías más modestas que, en el caso de los colonos, pejualers o parceleros habían de pagar una renta mínima. Al igual que en el resto de dehesas, se roturaban periódicamente las hojas o giros correspondientes. En Calera, la repoblación con pinos en los años cuarenta acabó con estas prácticas, por lo que no las encontramos en nuestro periodo de estudio. En Bodonal se dividía la Jesa Boyal en tres giros, dos de posío y uno de labor, que se dividía en 30 parcelas, cada una de ellas compuesta a su vez de 10 partes, a las que podían acceder los vecinos, siempre que estuvieran casados, pagando un canon. Los labradores procedían al barbecho en marzo y habían de dejar libre el terreno para el ganado antes del 15 de agosto del año siguiente, para que fuera el ganado que estaba en los lotes de posío, ovejas y cabras, el que aprovechara el rastrojo. Este ganado era de particulares que pagaban una cantidad por cabeza (Amaya, 1998).

“En aquella fecha [el reparto] era importante porque entraba una cantidad de grano tremenda, pero que era mu trabajoso también te lo digo, porque date cuenta un hombre con dos burriquillos acarreando pasto de allí aquí<sup>100</sup> al Mosquín<sup>101</sup>. Hoy supongo que te pones a repartir eso y no habrá quien la coja.”

C. R., Bd.

Pero entremos ahora a considerar los procesos de trabajo de que constaba el cultivo de la dehesa y hagámoslo hablando de las especies sembradas. Una referencia para ello son, además de lo que nos cuentan las gentes del lugar, los datos del *Plan General de Ordenación Económico-Social de la Provincia de Badajoz*, plasmados en el cuadro 15, para interpretar los cuales hay que tener en cuenta lo ya dicho acerca de la política triguera de esos años, de la intensificación dictada. Además, como es obvio, la superficie de cultivo refiere a todo el término municipal, a todos los agroecosistemas y no sólo a la dehesa. Además de en las zonas de labor intensiva de año y vez, que había en todos los pueblos, también se sembraba algo en olivares, higuerales, etc.

Para comenzar, conviene recordar la escasa calidad, en general, de los suelos de la dehesa, sobre todo en comparación con las vecinas campiñas, lo que hacía que se valorase especialmente aquellos suelos que aunque sin ser muy buenos no eran tan malos como los del resto de la comarca.

“Son estas tierras nuestras terrenos cortos, con na se seca y no se empantana la tierra. Esto no sujeta humedad, con dos aires fuertes que vengan. Tierra de más cuerpo también hay. Las cañas son las tierras bajas y se hundían en invierno, y esas marismas<sup>102</sup> que las daban pa pejuales cuando se secaban era buena pa trillar porque se apretaban y no hacían tierra.”

G. P., Mn.

---

(100) Unos 12 kilómetros.

(101) Era mancomunada a las afueras del pueblo

(102) Zona de dehesa en la parte del Culebrín donde había muchos *ojetales*.

“Aquí se criaban unas senaras de trigo... y aquí hay salmorales, que son peazos que tienen mucho agua y nacía una paja aquí y otra allí y se ponían amarillita. Yo llegaba con la sembraera, con el nitrato y le aventaba allí en aquel trozo, paje que lo sembraba otra vez de trigo o de vena, mira, qué hijos, empezaba a echar hijos y se ponía más verde que la mar. Y estas tierruchas son de salmorales, de agua, [estas cañas]”.

M. F. SI.

En cualquier caso, vemos cómo el del trigo era el cultivo que mayor superficie ocupaba en todos los pueblos, salvo el caso de Montemolín. A él se consagraban los terrenos más afables y productivos de la dehesa, las partes llanas, de corteza y *majadaleadas*. Cuando se hacía un barbecho semillado, con la labor y beneficio que los acompañaba, era para trigo ese barbecho. No obstante, había una gran cantidad de variedades de trigo, que también se sembraban dependiendo de la distinta calidad y condición de las tierras. Los rendimientos no podían ser en modo alguno los de las tierras de las campiñas aunque en Pallares encontramos un informante que nos hace ver que aunque la producción fuese menor no necesariamente lo era también la calidad ya que por alguna razón, que él atribuye al que se sembrara más claro, gentes de Zafra iban a Pallares en busca del trigo que ellos reputaban como mejor.

La cebada ocupaba el segundo lugar y ya vimos que se destinaba a ellas tierras alguno inferiores a las del trigo y más frescas, por ejemplo, las umbrías.

“La cebá daba más rendimiento aquí porque son tierras delgás, no de tanto cuerpo. Sembrábamos en lo nuestro de Sierra Morena, la cebá.”

G. P., Mn.

La avena era el tercer cultivo, excepción hecha de Montemolín, en que la superaban los garbanzos, pero debido a la extensión que de los mismos se sembraban en las proximidades de la cabecera del municipio, que no era de dehesa. La avena iba bien en tierras frescas y cortas y era tanto cultivo de primer año en las más flojas como de segundo en las mejores. Las habas eran también un cultivo de segundo año, aunque a una considerabilísima distancia de los cereales antedichos. En la dehesa, esta leguminosa se cultivaba fundamentalmente para pienso, aunque alguna de ella se recogiera en verde para consumo humano. De hecho, durante los tiempos de más penuria se daban robos de habas, e incluso hubo personas encargadas específicamente de custodiarlas, los guardas de habas, que son los guardas que más aparecen en el refranero popular: *Estás más tonto que un guarda habas; viendo el chozo se ve el habalero*.

El rubro de otras leguminosas ampararía a especies tales como los altramuces, *chícharros*, *algarrobos*, latinos, muelas o arvejones, las que ocupaban las peores tierras. Al estar agrupadas en una sola categoría no se nos da idea cabal de la importancia relativa de cada una. Tenían, como ya dijimos, la ventaja de requerir poco en suelos y humedad, y en el caso de los *algarrobos* se podían sembrar casi hasta en pedregales, e incluso a *los pelos*, sin barbecho. Estos cultivos suponían la

única opción productiva en algunas tierras pero eran una aporte interesantísimo para el ganado, por ejemplo los altramuces eran cruciales para los guarros en el verano.

“La tierra que es buena, es buena pa to. La que críe garbanzos y trigo es buena, la que na más que cría altramuces, esa es mala, la avena lo mismo. Pero la zona que está del pueblo p´abajo esa criaba garbanzos, cebá, trigo, vamos que era una tierra buena.”

A. J., Fl.

“Aquí entonces lo que más se sembraba era el trigo, el chocho y la vena. Cebá y eso en algún cercao, pero eso era mu poco lo que se sembraba. Ahí toas las jesas, ese terreno es el chocho y la avena, y el trigo en algunos términos, no se da en tos los términos, se daba en tierras mejores como por ahí en la parte de El Sexmo, en la parte de Las Barrasas, La Canaleja, La Capellanía, el Rombo, esas son tierras mejores, luego después en tierras de jesas, en la Dehesa del Campo es tierra más endeble.”

B. J., Fl.

“Las zonas bajas éstas son las que más han criaio, y las altas menos. En las altas se sembraban cuatro chochos, una miaja vena o centeno, que son los que se cría donde quieras porque lo otro se criaba tan malino que no eras capaz de arrecogerlo.

La verza criaba en sitio más fresco y el algarrobo en una tierra que parecía que no había tierra agarrá, son primos hermanos los dos (...)En marrales se criaban los algarrobos, y la verza necesita más tierra.”

B. N., Cl.

“[El habichuelo] no hay que ararlo, se rocía en la tierra, por cima, son los chochos. Cuando llovía le sale un garrancho y agarra.”

B. N., Cl

En la siembra de estas leguminosas en las dehesas hay que tener en cuenta sobre todo dos factores, lo adaptadas a ese tipo de terrenos cortos y el aprovechamiento ganadero por parte de los cochinos, ovejas, cabras y vacas, cosa que no sucedía de la misma forma en las campiñas. Eso ocurría tanto con el grano como con la paja, y hay que resaltar que la paja de grano gordo, de leguminosa, no era apetecida por las bestias, de ahí que en las zonas de campiña fuese a veces un recurso que sobrara, cosa que no sucedía en la dehesa. Por esas razones, había un cierto comercio de grano de leguminosas, y enmenor medida de paja (por el mucho volumen y poco peso), de la penillanura a la sierra.

Los garbanzos eran, junto con los melones y en cierta medida las habas, las únicas producciones de dehesa para consumo humano directo, y no sólo eso, sino que el cocido de garbanzos era uno de los pilares básicos (junto con el gazpacho

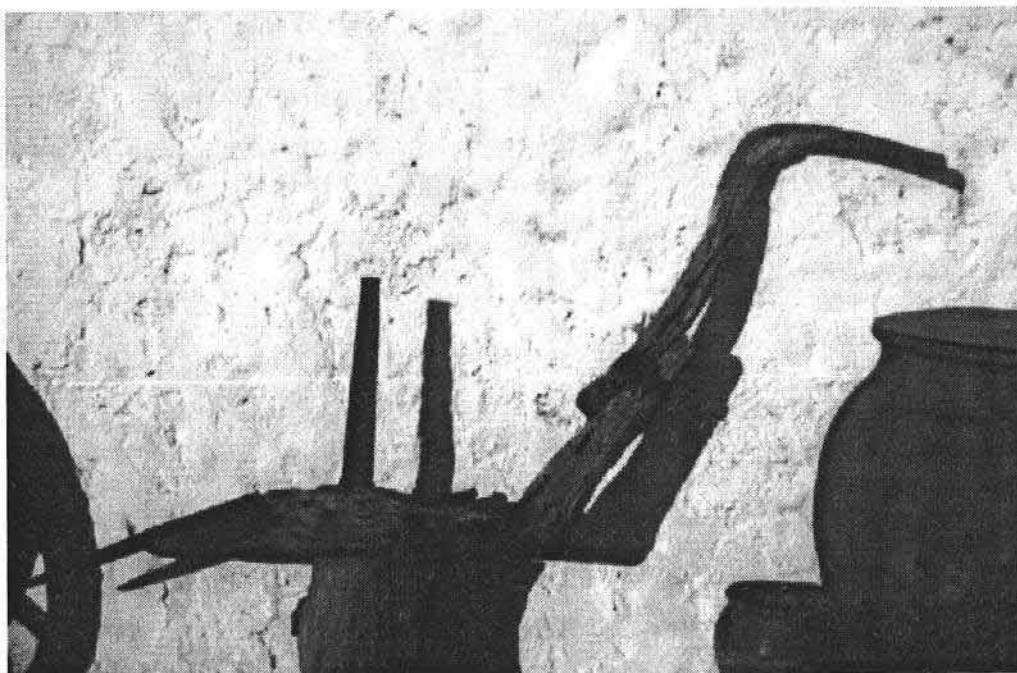
en verano y las migas en invierno) de la dieta de las gentes de estas tierras. También se sembraban, aunque menos, garbanzos negros, para consumo de los cochinos. El garbanzo requería de suelos de cierto desarrollo y desdeñaba la sombra, por lo cual en la dehesa se solía sembrar sólo en las mejores tierras, con pocas encinas, como barbecho semillado o medio barbecho.

El centeno era un cultivo marginal. Se cultivaba en tierras malas o frías, que eran donde más ventajas comparativas tenía, por lo duro, según un antiguo dicho que nos refieren en Fuentes de León, *si el centeno tuviera cuernos, araba solo*, porque el centeno es muy recio. Al hablarnos de unos terrenos de la sierra, un calereño nos decía que eran tan malos que no criaban ni centeno. Pero en muchos casos se solía sembrar en los bordes de las hojas de cultivo ya que el ser más amargo, menos apetecible para el ganado, hacía que éste no lo comiera y no entrara más adentro. Además, la pérdida que el daño de los animales producía sería menor con el centeno que con otra especie. Aunque los datos del *Plan General de Ordenación Económico-Social* nos dan proporciones parecidas de tierras ocupadas por el centeno en diversos pueblos, los informantes nos señalan Calera de León como el pueblo donde se miraba más este cultivo, y donde se vendía centeno. En efecto, aunque haya pueblos que en el Plan tengan una proporción superior de superficie centenera, sin embargo esa misma fuente nos da a Calera como el lugar donde mayor rendimiento por hectárea ofrecía el centeno, con 10 quintales métricos, frente a todos los pueblos de la comarca, incluidos Bienvenida y Fuente de Cantos, donde el rendimiento era de 5 quintales. Las alturas y fríos del macizo de Tentudía tendrían mucho que ver con la presencia de este cereal en Calera.

Visto todo lo anterior, entremos ahora a conocer los procesos de trabajo que el cultivo requería y su especificidad en la dehesa, y empecemos por las labores previas a la roturación, por el estercado. En este sentido no existían grandes diferencias entre campiñas y dehesas acerca del papel que la oveja desempeñaba como principal aportador de abono en las hojas de cultivo. *Se majadaleaban* aquellas hojas que llevaban más tiempo en descanso para luego ser sembradas. Pero, además, en la dehesa pacían otras especies que de una u otra forma, no majadeando, pero sí por su paso y estancia en los posíos, contribuían en algo al abonado con sus excrementos y orines, cual es el caso de los cochinos, vacas y, sobre todo, cabras, con diferente calidad en cuanto a su estiércol, como vimos. En el caso de las cabras, de sus corrales se recogía en muchos casos el estiércol para, en el veranillo, esparcirlo por las tierras que se habían de cultivar. En los toriles, tan propios de las dehesas, también se sembraba a veces y no sólo de cereal o leguminosa para grano o para heno en verde, sino también de patatas, por ejemplo. No se trataba tanto de aprovechar el estiércol de la vaca, que no es de gran calidad, sino de tener una labor cercada, cosa que ofrecía el toril. Como ya vimos, las partes más quebradas de las dehesas eran las que menos se solían majadalear. El abonado con estiércol de las cuadras de las casas era especialmente trabajoso cuando de llevarlo a las sierras se trataba, como nos dicen en Calera.

Otra forma de abonado orgánico, en este caso específica de las dehesas, era la que derivaba de la roza y quema del matorral en algunos lugares. Allá donde había rozas, lo que se roturaban eran las *colás*, los espacios que quedaban entre



Arado  
de palo

los distintos montones de matas arrancadas, entre las *rodeás*. Al quemar ésta últimas, la materia orgánica que aportaban las cenizas eran el abono de esa tierra que, según dicen los lugareños, no precisaban roturación pues ese aporte las hacía productivas.

Allá donde el matorral no era muy profuso, en lugar de roza y quema lo que se hacía era arrancar el monte, en las formas que ya se han tratado en capítulos precedentes. A veces lo único que se hacía era llevarse matas con el arado. La primera labor de reja consistía en roturar la tierra de posío, en alzar la tierra para hacer el barbecho. La fecha de esta operación había de tener en cuenta las necesidades de pasto para el ganado así como la mayor carga ganadera y diversidad de composición de la cabaña de la dehesa. Además, había que considerar también la tala de la arboleda, que como hemos visto se hacía inmediatamente antes del laboreo y tras el aprovechamiento de la bellota. Por tanto, en la dehesa el barbecho nunca se hacía antes que en las campiñas, y solía ser hacia enero o febrero cuando se comenzaba, aunque mientras antes se hiciera, mejor para la tierra y para la posterior cosecha. Antes de enero era muy extraño el barbecho, pero sí constatamos esta labor hasta en fechas tardías como abril. Así, tendría mucho sentido en la dehesa este refrán que nos dicen en Calera: *el barbecho de enero hace a su amo caballero y el de antes, caballero y con guantes*. Los colonos podían tener problemas a la hora de principiar el barbecho, como nos consta en algunas fincas donde la propiedad no sembraba nada, en que no dejaba alzar la tierra hasta abril, para que el ganado aprovechara las hierbas.

En la dehesa era algo más complicado el trabajo con el arado por la existencia de muchos encuentros. En Pallares, a ese pedazo de tierra que quedaba sin roturar por el arado alrededor del árbol, sobre todo de los olivos, le llamaban *capote*. Algunos labradores *caían*, es decir, roturaban estos encuentros al pasar con el arado, pero otros no, por lo cual deberían hacerlo luego, por ejemplo con un

zacho, o incluso lo dejaban sin alzar, sobre todo donde la tierra no fuera un factor muy escaso.

“Yo mis encuentros los caía solo con mis mulas y se dejaba la tierra bien labrada que es lo que interesaba. El encuentro es cuando estás arando y te encuentras una encina o un alcornoque y tienes que pasar por encima, y puede ser un árbol, un majano, una matorrera, muchas cosas, una marrá ... Otros lo que hacían era desviar la tierra del árbol porque pasaban dos veces, en vez de arrimarlo. Eso es como los tractoristas, que también los hay que caen los encuentros.

M. F., Cl.

Ya vimos cómo a la hora de hacer la poda de formación había que tener en cuenta el uso agrícola, permitiendo que las bestias pudieran pasar bajo los árboles, para lo cual habían de tener cierta altura la cruz y las bajeras. En el laboreo había que considerar igualmente la necesidad de los renuevos y el cuidado de los mismos, lo que daba lugar en ocasiones a roces entre los colonos y la propiedad, por daños en los chaparros producidos por el arado, del desmonte o la roza y quema.

En las áreas de pendiente tan frecuentes en la zona de la dehesa, el laboreo suponía un factor claro de erosión. Es por ello que las gentes de la dehesa insisten más en las diferencias que respecto a la erosión había entre el arado de palo, que sólo arañaba la tierra, y el de vertedera, que la volteaba.

“Porque entonces desde luego llevaban razón los viejos, no quedaba la tierra como queda hoy, porque la vertedera va cortando la tierra y el arado de palo na más lleva el jile<sup>103</sup> aquel y aquello se quedaba la tierra por romper. El otro es más potente y más adelante porque coges un peazo y vas volteando y lleva un peazo surco y el otro lleva un cachillo de canal ahí que eso no sirve pa na. El arado de palo no entierra, na más que va por cima y le das dos o tres hierros, le tenías que dar unos pocos de hierros, pero lo caliente de la tierra y la miaja de estiércol eso se quedaba por cima y ahora con la vertedera lo caliente, la tierra buena la va cogiendo y la va metiendo debajo y va sacando tierra fría y entonces la tierra producía entonces más la de palo que ésta de eso, porque el vago estaba por cima y entonces el calor de lo bueno de la tierra, de estar caliente, la corteza y to se quedaba por arriba y entonces la sementera era mucho mejor con la de palo, la de vertedera saca las tierras frías. Natural, más adelante, más cómodo, mas to es el otro”

B. J., Fl.

Un modo de intentar corregir los efectos que la vertedera causaba era roturar de una manera particular en las laderas

“Estas tierras son todas de laeras y muchos teníamos que arar p'arriba<sup>104</sup> pa no dejar a aquello sin tierra y, claro, la tierra ha corrió p'abajo y el de arriba pos cada vez la tierra iba más abajo y hay sitios que no se conocen ya los mojones,

(103) El jile es el hierro que cruza el madero y engancha con la garganta del arado.

(104) Arar haciendo que la reja volteara la tierra hacia la parte de arriba de la pendiente.

hay sólo un cimbarón de un metro por encima del mojón y ese va haciendo la linde.

Yo araba siempre que podía p´arriba y le daba siempre cuesta a la tierra pa que roara menos p´abajo, pero algunas veces tenía que volver p´abajo. Pero con el arao de vertedera una volteaba p´arriba y la otra p´abajo, pero cuando cojas una besana de pendiente tienes que darle mucha cuesta y se va quedando perfilá y no p´abajo y roa la tierra menos p´abajo. Hoy se vierte toda p´abajo y cuando has arao tres o cuatro veces por arriba tienes un peazo sin tierra ninguna. Yo p´arriba, por lo menos una almerga o así pa que no se me quedara sin tierra ... Con to, siempre roa p´abajo, las piedras roan p´abajo, no p´arriba ninguna. El gañan que sea como tiene que ser no se la trae p´abajo, se la lleva p´arriba. Hay una tierra que te hacía verter la teja p´abajo, una corteza que se veía negra la yunta pa voltearla p´arriba, p´abajo cortaba como quiera, pero p´arriba no, se venía al surco otra vez como le des un poquito de sejo p´arriba y otras tierras flojas como quieras ibas bien. Si arabas una huerta siempre p´arriba, si era una hoja grande tenías que arar según te fuera dando.”

H. R., Cv.

“Se ara siempre pa que la tierra no corra p´abajo, sobre p´arriba, pero se ara peor y no quedan las cosas tan bien como p´abajo.”

Z. J., Cv.

En relación con estos mismos efectos del arado, la erosión y la remoción de materiales, está el asunto de las piedras. En el alza, y en general en todas las labores de reja, en las que se removía la tierra, solían aparecer en la dehesa de manera continuada las piedras, por ser terrenos de poco suelo y abundosos en ellas. Además de por ir en detrimento de los cultivos y de los pastos por el espacio que ocupaban, las piedras se solían recoger o amontonar para usos diversos, como la construcción de paredes y calzadas. La piedra se recogía para formar montones o, más sistemáticamente, hacer majanos, que no son otra cosa que esos mismos montones pero ordenados, por capas, a veces con tierra entre las piedras, para dejarlas recogidas, y entre los cuales podían criar los conejos.

En las fincas pequeñas se ocupaban en ello los miembros del grupo doméstico en momentos que les vagara, o incluso se buscaba a algunos muchachos. En fincas grandes podían ser los mozos de mulas cuando no tuvieran trabajo o no se dieran condiciones para la labor. Cuando los poderes públicos obligaron a los propietarios a emplear trabajadores, a veces se dedicaban a estos menesteres de recoger y dar uso a la piedra, entre los cuales destacaba el de hacer calzadas, que consistía en disponer hileras de piedras en la dirección de las curvas de nivel para que frenaran el agua, reduciendo su energía cinética y, por tanto, su capacidad erosiva. Esto se hacía especialmente en los barrancos, donde el arrastre era mayor.

“Eso de que se vaya la tierra no hay quien lo evite, en arando no se puede evitar. Eso de las calzás están hechas pa que las aguas que corren no se lleven na al barranco. Eso se hacía una calzá aquí otra en esa pared, pa que el barranco se pudiera pasar a los laos y no ahondara al tener poco arrastre el agua.”

Z. J., Cv.

“Hacían muchas calzás porque es que las tormentas se traían mucho las tierras, se hacían en los pasavalles donde corría el agua. Se empezaban a hacer como una pared y se iba labrando a un lao solamente y la ibas engarzando una con otra pa que no se fuera. La pared de la linde tiene que ir aplomaita por una parte y otra, y ésta de la calzá la hacía por un lao na más. Se hacían anchas pa meter mucha piedra allí y no se la llevara el agua, que cogiera fuerza, de una anchura de un metro o más. Yo a la pared le daba tres cuartas de alta, cinco cuartas de alta, tenía un palo pa medir. La calzá se acimenta tal como está la tierra, pero tendrás que hacer un llano pa que la piedra quede llana a rape de la tierra, se le cava. Por arriba se queda la calzá altita y luego la tierra va viniendo con el agua. La calzá no se mudaba, aunque sí te hacía falta la piedra si. La calzá se hace donde hay mucha piedra y dura mucho, pa emplear esa piedra pa recogerla también, pa que no estorbe por ahí y no esté roando.”

M. F., Cl.

Ante estos obstáculos se iba acumulando la tierra arrastrada pendiente abajo, conformando así pequeñas áreas llanas y con suelos de cierta profundidad. Estas calzadas o *calzales*, una vez colmatadas, se podían mover, es decir, adelantarlas, haciendo otras con más piedras, para ganar más terreno incluso, pues llegaban a conformar en algunos casos auténticas terrazas. Este efecto lo podían hacer también las paredes de las cercas si eran perpendiculares a la pendiente. En ambos casos se decía que la tierra se aterrabanaba, se colmataba por la parte superior, conformando un terraplén por la inferior. Las calzadas se hacían sobre todo en zonas no arboladas, porque los árboles ayudaban a sujetar el terreno, y magníficos ejemplos de ello encontramos, entre otros, en las tierras de Monesterio de la zona de la cabecea del Vendoval y hacia el Culebrín, pero las hay en dehesas.

Para acarrear la piedra se podían usar carros, carretas o *esportones*, pero también había otros útiles para tal menester, cual era el caso de las *zorrillas*<sup>105</sup> y las *pedreras*, aunque estas las utilizaran más los *pareeros*, los que hacían paredes

“Había zorrillas, que eran carros bajinos pa arrimar leña y piedras, con ruedas anchas de goma y las llevaban una collera de bestias. Podías echar peso, que como era bajo no vuelca, y le podías poner unas varillas p´arriba pa cargarlo. Un par de ellas había aquí y los llamaban [a los que tenían zorrillas] pa acarrear piedras porque arrima más que un tío sin na.

B. N., Cl.

“Yo también estuve de zagal acarreando la piedra y ellos [los *pareeros*] no tenían que ver na más que con la hechura, hacerla, y luego el dueño, donde yo trabajaba, pos la arrimábamos; unas veces con carrillo, y la que estaba lejos cogías las bestias y la canga y una zorra que le decíamos, que eran dos palos. A la bestia se le ponía una canga a ca lao y luego una zorra arrastrando. Hacías como una

(105) Como vimos, zorra o zorrilla se llamaba también a unos simples palos que se enganchaban a las bestias para sacar sobre ellos troncos.

cancilla con unos escalones abajo, y aquello lo tupías con monte o le ponías tablas. Le ponías una rabiza a la canga y así arrastrábamos las piedras si estaban lejos desde los manchones de piedras, y el que iba a hacerla no tenía más que hacerla. Piedras sueltas de majanos pa pared, calzás y majás. Otra forma de acarrear la piedra era con carros de madera con las ruedas de hierro y si el terreno lo permitía con bestias que acarreaban más que con el carrucho. También con pedreras, son dos tablas encima del aparejo, tablas a la anchura del aparejo de la bestia y las piedras encima, así se hacía casi más que con las bestias porque estaban más cerca o tos no tenían la collera de bestias.”

H. R., Cv.

“La madera [de la higuera] tiene un aprovechamiento pa arrimar piedras que hacíamos unas pedreras, se le echaba a la caballería arriba como si fuese dos cajones y se le echaba piedra y pa eso era mu buena porque creo que es estoposa, o sea que se le deja caer una piedra y no la parte, se le hace a la tabla un agujero y no la rompe. Tablas que se hacían en la serradora, cachitos de tablas. La bestia aparejá se ponía a un lao y a otro y arriba a echar piedras. Como angarillas, llevaban una tabla abajo y se llenaban hasta arriba.”

G. J., Mn.

Volviendo a las labores de reja, ya quedó dicho que el segundo hierro a los barbechos, la bina, hacia abril o mayo, suponía un beneficio a la arboleda por los efectos contra plagas. Tras la bina, podía venir otro hierro, el cohecho, pero no en todas la fincas se hacía, pues lo constatamos sobre todo entre pequeños propietarios.

La siembra se hacía en otoño, alrededor de San Miguel, y de ella hay que destacar la importancia relativa de las leguminosas, sobre todo por la baja calidad de muchas tierras, y por la existencia de muchos lugares relativamente pedregosos, por ejemplo de marrales y piedras *asomeras*, aquellas cuya parte superior aflora. En esas zonas eran especialmente indicados los *algarrobos* y altramuces, de los que se decían eran muy valientes, es decir, prosperaban en terrenos difíciles. Los altramuces, como dijimos, eran el principal sustento en el verano para el cochino, pero además, tenían otras ventajas para el ganado.

“En cuanto terminaba el verano se tiraban<sup>106</sup> porque eso como es amargoso y no se lo comen los cochinos... Cuando los sembrabas podías tener to el año el ganao metío en el sitio, pero cuando ya va echando grano los quitas porque te lo desgranán.”

G. P., Mn.

La siguiente labor de los cultivos era la de *maquinar*, es decir, pasar la *máquina*, un apero consistente en una especie de traviesa con púas verticales, para ir rompiendo un poco la tierra y quitando la hierba que le naciese en el otoño a la sementera. A finales de invierno se sachaba, se escardaba, quitando las malas yerbas que hubiera. Finalmente, se segaba entre mayo y julio, según los cultivos y

(106) Sembraban.

las fincas.

A la hora de considerar la siega en la dehesa hay que tener en cuenta que, al ser terrenos por lo general más cortos que en las campiñas, con menos capacidad de retención de agua, las mieses se agostaban antes, con lo cual la siega era más temprana. Eso, además de la menor superficie cultivada, permitía que jornaleros de muchos pueblos de dehesa fueran en busca de los jornales en la siega de las campiñas. Esto era especialmente importante allá donde menos se sembraba, por ejemplo en Fuentes de León.

Algunas otras diferencias serían las del uso de los subproductos de los cultivos, dependiendo en mucho del tipo de siega. Es decir, si se cortaba el cereal muy alto, la siega sería más rápida, pero en la era daría poca paja, pues quedaba en el rastrojo. Si se segaba bajo, a *rape terrón*, quedaría poca paja en el campo. Lo mismo sucedía con el cuidado y esmero con el que se segase. Cuando la siega se daba a destajo, era mucho el grano que se podía estropear o quedar en el campo, ya que los trabajadores iban lo más rápido que podían. En la dehesa no era tanta la pérdida que se causaba por una siega muy alta o muy rápida ya que, en cualquier caso, los animales de la finca entrarían tras la hoz. En la campiña, había menos ganado y el que entraba podía no ser de la finca, sino de los ganaderos que aprovecharan los lotes que se arrendasen. Los colonos habían de apurar el grano, pues no podrían aprovechar con ganado el rastrojo. Por esa misma razón, por el menor interés ganadero, sobraba paja de la era en las campiñas, y mucha se vendía para la sierra. Lo mismo podía suceder con los colonos, de la campiña y la dehesa, que no tenían ganado y a los que les sobraba la paja, sobre todo la de grano gordo, de leguminosas, ya que la blanca o de cereal podían aprovecharla las bestias.

“El pejualero lo hacía solo o con dos o tres [segaos]. No se podía tirar arriba por medio de la paja que te interesaba y que se recoge más el grano, y si le tiras arriba lo de abajo se queda pa el ganao. Tirando bajo te costaba más peones, pero lo que se quedara allí era perdido. Si estaba acamao también echabas más peones. La paja se vendía pa las bestias, o te echaban unos peones a cuenta de paja.”

G. P., Mn.

“Si hacía falta paja, pos entonces no, porque entonces el tío tenía una collera de bestias na mas, o tres con el burro suyo pa ir y venir, y se necesitaba poca paja. Entonces no se vendía la paja. Había algunos que en lugar de ... pos dejaba un rastrojo así de grande porque lo que le interesaba era el grano porque tenía paja sobrante pa sus bestias. Allí quedaba pasto si el trigo era bueno, quedaba un pastizal grande. No es como hoy que va una máquina arrastrando, o el mismo tío aquí en el pueblo si le interesa la paja, pos en lugar de tirar alto pos segaba bajo porque tiene la paja aquí mismo en la puerta de casa, y le interesaba. Pero eso eran pocos.”

B. N., Cl.

Quizás por esa misma razón, por el aprovechamiento que los ganados de la finca hacían de las espigas, era mucho menos frecuente en la dehesa la práctica del respigueo, del rebusco de espigas tras la siega por parte de los jornaleros, que sí se daba en las tierras calmas de la penillanura e incluso algunas disposiciones legales lo regulaban, por ser un recurso socorrido para los trabajadores, como nos hace ver Pérez Rubio refiriéndose a Extremadura en general (Pérez Rubio, 1995:81).

“Reespigueo había por Fuente Cantos, por aquí no, el respigo que le decían, y a los garbanzos iban a las gárgolas, pero con permiso del amo, iban los pobres. Aquí lo hacían los mismos dueños.”

B. J., FI.

Para la saca de las mieses, para el transporte, en la dehesa era problemático el uso de carros o carretas, debido a lo quebrado que era el terreno en muchos casos, por lo que el transporte se hacía más bien a lomos de bestias. Más usual era el transporte con carros desde la era hasta el cortijo, casilla o casa en el pueblo, tanto de paja como de grano. El número de carros era, en cualquier caso, bastante inferior al de la campiña y las carretas de bueyes apenas se usaban ya en los años cincuenta, aunque sí antes.

“Los haces se llevaba con las bestias y con las cangallas, el carro no se utilizaba. Carretas había muchas, es lo mismo sólo que lleva el yugo y se enganchaba los bueyes o las vacas en el carro, pero eso se utilizaba pa leña, piedras, cuando arrimaban las piedra a las paredes, de poca distancia, pa eso se usaban las carretas pero luego pa sacar y eso y pa andar ya por esto no se podía andar con las carretas”

B. J., FI.

“Venían de Aguilar al pueblo en carro, con bestias y con los costales. Los que eran así labraões grandes tenían tos carros. Antes los había de yugo, que se metían dos bestias, anteriormente vacas, pero sobre to bestias, y luego ya una bestia. Y después a subir los costales al doblao.”

G. J., SI.

En muchas dehesas no siempre era fácil ubicar la era, por lo escarpado del terreno y lo cerrado de algunos lugares respecto a los aires. En la comarca se encuentran eras muy singulares, verdaderas terrazas o plataformas sobre ciertos collados, buscando obtener un terreno liso y, a la vez, un lugar expuesto a aires que hagan posible la limpia. En las sierras de Santa María tenemos bellísimos ejemplos de esto, pero lo mismo podemos encontrar en otros pueblos. Los colonos, si no sacaban en la era de la finca, se llevaban los haces a las eras próximas al pueblo. También en cuanto a la era, debido a que la magnitud de las cosechas nada tenía que ver con las de la campiña, a la parte de dehesa no llegaban de fuera las cobras de yeguas para trillar.

En la dehesa, el rastrojo, los agostaderos, los aprovechaban los propios animales de la finca. Lo único parecido al aprovechamiento de los lotes de la campiña

era el caso de los terrenos de propios de Bodonal y los de Calera. En Bodonal, los labradores habían de dejar libres los rastrojos antes del 15 de agosto para que entraran los ganados de los otros dos giros. El ganado era de particulares que pagaban una cantidad por cabeza, aunque se dice también que para entonces ya lo habían aprovechado los propios cultivadores, por lo corto del terreno y por disponer éstos de animales, por ejemplo las propias bestias (Amaya, 1998).

“Antoñito, de zagal, y el padre iban y sacaban los guarros a tos los rastrojos pa que se comieran las espigas, y por la noche y a medio día los llevaban a un cercao a las afueras del pueblo. Mayormente el rastrojo se daba, porque eso no se aprovechaba, a lo mejor le decías a alguien “¿quieres meter allí los bichos?”. Había muchos que tenían cuatro bichillos y los sacaban, cuatro ovejas, un enreo. A lo mejor los entrabas sin decirle na al amo.

El rastrojo de la Jesa Boyal lo aprovechaba el que podía. Eso era antes de la guerra. Algunos se iban a recoger por el verano y si tenían bichos se llevaban cuatro bichos que tenían y mientras arrecogían los tenían allí y se comían los rastrojos. Después de la guerra no se sembró más de esa manera, algunos años lo repartieron y se cogió alguna senara, pero antes era de otra forma, lo tenían de un año pa otro. Había muchas parcelas y las subastan. Yo sembré senaras con mi primo Julián, una vez trigo mu bueno, te lo traías a casa.”

Z. J., Bd.

Una ventaja que tenía la zona de la Sierra Morena era que, por lo movido del relieve y la abundancia de arroyos, aunque no fueran de mucha enjundia, era terreno propicio para el asentamiento de molinos. Lo quebrado del terreno, los desniveles y la pendiente hacían posible construir tomas de agua, represas, y que el agua por fuerza de la gravedad hiciera mover la maquinaria de los molinos. Así encontramos molinos en la mayor parte de los pueblos, sobre todo en cauces de agua como la Rivera de Santa María, Ardila, Bodión, Culebrín, Viar, Fuente Bernardo, Barranco de Angustias, Barranco de Cota, El Pedruéga o la Rivera de Santa Cruz, entre otros, a los que las gentes llevaban su trigo para molerlo a maquila.

Finalmente, la mayor parte de la producción granera de la dehesa era para satisfacer las necesidades de las propias fincas o de los propietarios o el personal empleado en ellas. Los cereales y leguminosas-pienso, así como la paja, iban destinados por entero al ganado, como ya se ha visto en cada uno de los apartados correspondientes. Las fincas que no contaban con ganado de determinado tipo para consumir cierto grano o paja, las fincas que eran excedentarias en determinada producción o los colonos, que no tenían ganado, eran quienes podían vender grano o paja. En cuanto a la paja y los granos de pienso, la zona de dehesa no exportaba sino que, como mucho, era importadora. Todo ello se comercializaba en el propio pueblo o en otros de dehesa próximos. Donde mayor constancia de comercio de granos tenemos es en parte occidental, y todo ello debido a la tan mentada singularidad de Fuentes de León, a su poco cultivo en una zona ganadera.

“De Segura, de Bodonal, venían con los burros cargaos con unos costales grandes, del 36 hasta el 40 y próximo ya al 50, allí te medían, no era el peso, entonces era la cuartilla y el marco. (...)



Se ponían ahí los tíos, con un taco de madera así, con una manta debajo, los de Segura, los de Bodonal y de donde fueran, de Segura o Fregenal o de Valencia o de donde fuera. Ahí toa la mañana sentaos encima del costal, algunos se quedaban desde la noche antes y se quedaban ahí, decías, “dème usted una fanega de cebá” y el tío te ponía una manta debajo por si caía algo luego recogerlo, te llenaba la cuartilla, te pasaba el rediero<sup>107</sup> ese y to lo que sobraba de aquí p’arriba lo caía, y eso es lo que te echaba en el costal. Colmá, pos era un marco.

A. J., FI.

El trigo era el único grano que no se destinaba al ganado y que se vendía para fuera. El poco trigo que podían comer los animales era el triguillo que se echara a los lechones, pero esto no era muy frecuente y, en cualquier caso, sería en poquísima cantidad. Otra cosa eran los restos de la molienda, el afrecho, que sí se destinaba a animales. Aparte de ello, este cereal subvenía las necesidades de harina de las familias y se cambiaba por vales para el pan en las panaderías. También, sobre todo en épocas más lejanas pero aun en los cincuenta, se llevaba a moler a los molinos maquileros y con la harina se hacía el pan que se horneaba en las casas o las fincas. Pero la mayor parte se vendía, principalmente a los silos del Servicio Nacional del Trigo, como era preceptivo según la normativa gubernamental, que en el caso de nuestra zona eran los de Llerena, Fuente de Cantos y Fregenal, según el pueblo del que se trate, aunque también se establecían depósitos en otros pueblos como por ejemplo, Segura. El trigo que sobraba una vez cubiertas las necesidades propias y entregado el cupo fijado al SNT, se podía vender, normalmente a compradores fuera de la zona de dehesa.

En el estraperlo de granos, tan importante en la posguerra y que llegó hasta los años cincuenta, los pueblos de la dehesa tuvieron un papel importante, como bisagra, como intermediarios entre las campiñas cerealistas y las sierras andaluzas en donde tanto escaseaban los granos. Las gentes, jornaleros, colonos e incluso pequeños propietarios, estraperlaban su propio grano o el que compraban en las dehesas y, con gran frecuencia, en las campiñas próximas para transportarlo a lugares de la sierra a veces tan lejanos como Riotinto, o más frecuentemente a Aracena, Cortegana, Zufre o Cazalla de la Sierra y Guadalcanal, en las provincias de Huelva y Sevilla, por poner un ejemplo. A veces el negocio podía comenzar con la venta de bellota robada en alguna finca, con cuyos rendimientos se compraba una carga de trigo que estraperlar.

“A Valencia del Ventoso, Bienvenida y esa parte iban gente de aquí dedicaos al trasperlo de trigo y de cebá que es lo que se escaseaba, y de aquí algunas veces llevaban chacina. Había dos cumbreños que mataban aquí. Luego llevaban el grano pa la parte de Huelva, después de estas sierras. Lo molían en molino al pié de la Vicaría, la Garganta le llaman al terreno. Ahí hacían la harina y luego se lo llevaban p’allá y le valía más. En los molinos había uno que su novia era criada del alcalde y sabía tos los movimientos de la Guardia Civil. Ibas de noche y molías allí y por la mañana el del molino se iba a Arroyo que era de

---

(107) Rediero, palo que hacía de rasero.

allí. También iban a Montemolín. En Monesterio, a uno que tiene una finca en los llanos de Monesterio le compraba yo el grano, que nos decía que no nos liáramos con los corredores, que le compráramos a él directamente (...). Garbanzos también vendía, verza. A esa gente así le compraban esa gente, los cargueros.

B. N., Cl.

Una vez acabada la época del estraperlo, cuando ya el cereal podía venderse libremente, proliferaron los puestos, los lugares donde gentes de los pueblos compraban el grano, de los pequeños propietarios y los colonos sobre todo, para gentes de fuera. Los corredores de ganado podían hacer también de intermediarios para los compradores. Fábricas de harina había en Fuente de Cantos, Bienvenida, Monesterio y Fuentes de León.

El centeno se empleaba como pienso para animales, sobre todo para cochinos. Como caso peculiar, en Calera se les daba incluso cocido con coles. Pero también su caña era apreciada para diversos usos: para vestir chozos, como relleno de aparejos, *monillas* y otros elementos del aparejado de las bestias, como relleno de *jergones* y *jergas*, para amarrar haces, de heno o cereales e incluso para hacer sombreros. Para ello el heno se apaleaba, para hacer desprender el grano y dejar intactos los manojos de su paja. Esta paja no tenía muchas alternativas de uso porque no gustaba a los animales, pero su dureza la hacía apta para esas otras funciones. En Calera, el mayor volumen del que se vendía era el que se destinaba a las jergas.

“Se segaba el bálago<sup>108</sup> todos los años y se vendía pa las jergas de las camas, que entonces no había colchón Flex de este. Se tenía un colchón de lana pero debajo las camas tenían una jerga que se rellenaban de bálago y encima el colchón y eso se utilizaba el bálago mucho. Las mujeres cogían aquello y cuando llegaba ... el haz de bálago se metía en el pajar y estaban allí veinte o treinta haces, o cincuenta o cien, o los que tú tuvieras, allí amontonaos de pié. Cuando más se vendían es cuando las mujeres llega ya la primavera, que va a llegar el verano y echan mano a hacerle las limpiezas en casa y a rellenar las jergas porque casi todos los años, de tanto acostarse encima, se machacaba aquello y rellenaban, vaciaban aquella y metían otro bálago nuevo.

Z. J., Cl.

Los aparejos se hacían en muchos pueblos, pero eran nombrados los de Fuentes.

“Los aparejos los hacían aquí también buenísimos, y en cada pueblo había una costumbre de hacer los aparejos. En Fuentes los hacían con un pico por delante y por atrás y aquí los hacían de otra manera. Si los querías comprar en Fuentes también ibas allí. Aquí había dos o tres que hacían aparejos, talabarteros.”

(108) Aunque bálago se utiliza generalmente para referirse a la paja del centeno, aquí alude al centeno propiamente, a la planta.

H. R., Cv.

El proceso de obtención del bálago o paja del centeno sin grano tenía mucho que entender.

“Se sembraba el centeno, se iba segando, lo mismo que se siega to pero algo más bajo, porque se segaba con hoz, y una vez que lo tenías en la era lo ibas cogiendo puñao por puñao, se haceaba como otro grano cualquiera, y tenías un palito de estos chicos de la cangallas y con aquel le ibas dando y faratabas las llaves y quedaba el bálago limpio, sin vagos y sin estropearlo, bien puestecito lo ibas poniendo como de aquí a aquella pared<sup>109</sup>. Pa que no te lo levantara [el aire], se le ponían horquillas encima o biergos. Luego, cuando lo tenías paleao, que le llamábamos nosotros palear el bálago, llegabas con una sogá, cogías un brazao grande, te echabas la sogá al medio y, como los vencejos los tenías ya hechos del mismo bálago ese arremojao, los cogías y los ibas amarrando. Le sacabas de la sogá, la sogá se quedaba en medio y de la sogá pa los troncones [caña del cereal] le ponías un vencejo y pa el otro lao otro, dos vencejos y del medio le sacabas un puñao pa fuera y de ahí pa los troncones le ponías el vencejo y aquello no dejaba venir el vencejo p’atrás porque el bálago de abajo es más ancho el haz que de arriba de las espigas y por eso le sacaba esa moña por los dos laos pa que el vencejo no se pudiera ir p’atrás nunca, porque el bálago da mucha murga pa sujetarlo, se escurre como... Cuando lo tenías amarrao le dabas dos porrazos en los troncones abajo y se ponía más derecho que una vela.”

Z. J., Cv.

Un uso muy peculiar era la elaboración de sombreros, como nos cuentan en Cabeza la Vaca.

“Aquí había dos o tres sombrereras de esas que hacían sombreros de paja. El bálago lo metían en agua, en remojo como juncia, y hacían una trenza larga, y hacían una trenza de varios metros y luego lo iban juntando y primero hacían lo que es la cabeza y luego las alas. Sombreros de paja mu buenos, como estos de palma ahora. Si querías te lo hacían redondo del to o con una raja arriba como una mascota, de tos clases. Las mujeres los compraban de esos redondos siempre, los hombres estilo mascota con la raja y to. Ahí arriba hay una muchacha que aprendió de su madre. Ya no se hacen.”

H. R., Cv.

De todas formas, el centeno era problemático a la hora de transportarlo, resbalaba.

“Se decía de cachondeo cuando se venía de la era “lévate los cerillos”, porque el bálago se corre mucho. Cuando venía con las cargas, eso quería decir que si te daba mucha lata le dieras fuego.”

H. R., Cv.

---

(109) Unos 5 metros.